Epoca IV — Barcelona 16 de junio de 1915 — Número 262

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos | Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.°, 1.°

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas
Suscripción: España un trimestre . 1'00 »
» Extranjero » . 1'50 »

¡Trabajadores, atención!

MANIFIESTO

La espantosa tragedia que la monstruosa rapacidad del capitalismo internacional desencadenó en Europa, sigue segando en flor, día tras día, millares y millares de jóvenes existencias, y anegando en sangre las esperanzas de liberación que, conscientemente o no, siempre animaron a los pueblos.

Esta guerra, la más vil de todas las guerras, ha sido calculada como las otras, en el confort de los palacios, por los mantenedores de la infamia y la iniquidad. Es un maridaje nauseabundo de apetitos cerriles, odiosos, execrables.

En ella se encuentran unidos por un mismo interés, todos los traficantes de carne humana, todos los que someten la vida de los trabajadores al tanto por ciento, ora en los presidios industriales, ora en los campos de batalla.

La prensa diaria, alcahueta inmunda, vendida al oro de los poderosos, la cubrió desde el principio con un ropaje de Justicia, de Civilización y de Progreso, palabras cuyo mágico poder enardeció siempre a los esclavos, despertando ansias, deseos y esperanzas nuevas, y los sojuzgados en los campos y en las fábricas, en las minas y en los talleres, corrieron al primer aviso, convencidos de que iban a defender su libertad, a luchar por sus derechos, a conquistar su bienestar.

Si el esfuerzo que realiza en estos momentos el proletariado europeo con las armas en la mano, lo hubiera consagrado a luchar contra sus naturales enemigos, el capitalismo y el Estado, los resultados hubieran sido fructíferos, fecundos, esperanzadores.

Desgraciadamente no lo ha hecho.

En lugar de imponer respeto a lo que es suyo, a lo que le pertenece y le usurparon siempre al amparo de la fuerza, en todos los tiempos y en todas las latitudes, ha contribuído al triunfo del privilegio, al sostenimiento de una causa injusta, al fomento de las injusticias sociales.

La organización brutal, abyecta, vituperable, que sanciona su miseria, que consagra su esclavitud, que le impone unas condiciones afrentosas, una miseria infamante que le somete al capricho de sus tiranos, de sus dominadores, que le asignan el deber de crear toda la riqueza social y le niegan, le usurpan el derecho a la vida, saldrá robustecida, vigorizada de la contienda, y con más bríos para ahogar las naturales tendencias reivindicadoras de los pueblos.

¿Qué puede importarle al proletariado, que sea éste o aquél el vencedor? Los trabajadores no podemos preferir una explotación a otra explotación, una tiranía a otra tiranía: nuestro deber y nuestro interés nos aconsejan combatirlas todas por igual, sin tregua ni descanso, como único medio de llegar cuanto antes a la ansiada liberación moral, económica y política.

¿Se espera que si triunfan los Estados que han escrito "Justicia y Libertad" en su bandera nos den facilidades y medios para realizar nuestras aspiraciones?

Tal esperanza sería indigna de nosotros.

Todos los robos, todos los despojos, todas las usurpaciones que llenan la historia, han sido perpetrados en nombre de esos principios.

La experiencia viva y dolorosa de los hechos, demuestra palpablemente que cuanto más un Estado—sea el que fuere—ha conseguido ensanchar la esfera de sus dominios e imponer su voluntad a otros Estados, tanto mayor ha sido la opresión ejercida contra los súbditos del interior.

Cuando mañana, acabada la guerra, se vaya intensificando el malestar por ella creado, y los hambrientos, que hoy defienden al Estado pidan pan, ese mismo Estado lanzará contra los miserables sus sabuesos, como los lanzara antes a ellos mismos contra un supuesto enemigo, para que los someta despiadadamente por el plomo y por el hierro.

Esto, que se ha dicho millones de veces, conviene repetirlo hoy más que nunca, con obstinación viril, en alta voz, haciéndolo extensivo a todos los países.

El nacionalismo, en una u otra forma, es predicado en todos los púlpitos y en todas las ocasiones. Los estragos, las monstruosidades, los horrores consumados en los campos europeos en nombre de una civilización asesina son motivo de gozo para aquellos a quienes emborracha el vaho de la sangre.

Los que explotan el trabajo y la credulidad de los sometidos, están satisfechos. Los avaros del sudor ajeno, sonríen gozosos. En realidad no hay para menos. Ellos no creían, tal vez, que fuera tan fácil convertir el proletariado de tantos países, en una pira uniforme, resignada y cobarde, pronta a obedecer las órdenes sangrientas de sus perseguidores. Ellos esperaban, quizás, un gesto airado de suprema rebeldía.

Podía esperarse fundadamente que después de tantas luchas, de tantos crímenes, de tantas injusticias, de tantas arbitrariedades, el pueblo escarnecido y humillado, hambriento y desnudo, se hubiera dado cuenta de que entre él y los logreros cuya rapacidad desencadenó el conflicto, no había nada de común.

Podía creerse que después de tantos esfuerzos, de tantas propagandas, de tantos sacrificios, los trabajadores que sienten sobre sus espaldas encorvadas por un trabajo bestial, el peso aplastante de la inicua explotación, hubieran comprendido cuáles son y dónde están sus verdaderos, sus únicos enemigos, las causantes directos de su miseria, de su malestar, de su esclavitud.

Sí; podía esperarse que los famélicos que pululan a millares por el mundo del privilegio, llevando a cuestas la pesada cruz de un martirio atroz, inaguantable, cansados de clamar la conmiseración de sus verdugos, decidieran librar contra ellos la gran batalla. Lamentamos los primeros que no haya sido así.

Nosotros sentimos como nadie que el sanguinario imperialismo haya podido seguir tranquilamente su carrera una vez más, pisoteando los cadáveres de sus víctimas sin que una formidable revuelta de las multitudes expoliadas le contestara.

Pero ello no podía determinar que nuestros entusiasmos, que nuestros ímpetus, que nuestros ardores, mengüen, decrezcan, se amortigüen. Por el contrario, constituye para nosotros el más potente de los acicates. Nuestra actividad, nuestro empeño, nuestra obstinación tienen que redoblar ahora.

Sabemos que nuestra indiferencia y nuestra pasividad son la base de su poder, y por lo mismo multiplicaremos nuestros esfuerzos.

Fuimos antes de la guerra, y seguimos siendo ahora, enamorados fervientes de la paz y la fraternidad basadas en la más estricta igualdad de condiciones entre todos los humanos, y mientras esa igualdad de condiciones, esencia del ideal de Justicia que acariciamos, no se realice, seguiremos excitando los odios del esclavo contra el amo, de la víctima contra el verdugo, preparatorios de la única guerra que a nosotros nos atrae, nos subyuga, nos encanta, y que en la historia de la Humanidad tendrá un nombre bendecido: la Revolución Social.

Y puesto que La Internacional, creada para emancipar a los pueblos de la tutela del Estado, que sintetiza todas las formas de opresión, no consiguió evitar la horripilante carnicería, nuestro deber consiste en impedir que sean arrastradas por idénticos procedimientos las demás naciones que hasta ahora consiguieron sustraerse a ella y que pueden ser mañana envueltas en el torbellino.

En este caso se encuentra España.

Aquí principian a desbordarse también ostensiblemente ciertas ambiciones. Políticos tan desaprensivos como influyentes, cantan las excelencias de la intervención.

Se ha iniciado ya una campaña de prensa, con objeto de crear una corriente de opinión favorable a la aventura. Se piensa en el futuro sacrificio de la juventud española para satisfacer insanos y abominables apetitos.

Se agitarán los intereses nacionales y el honor de la bandera. Se recurrirá a todas las formas de alcohol intelectual para emborrachar al pueblo. Se hablará de Tánger, de Gibraltar y de otras cosas que España necesita para no ser un factor negativo en el concierto de las potencias europeas.

En realidad se trata tan sólo de un negocio al cual están dispuestos a sacrificarlo todo.

La muerte segura de los futuros combatientes no les importa ni les preocupa.

El dolor y las lágrimas de las madres les tienen sin cuidado: se burlan de ellas, las escarnecen.

¿Sabrá responder el proletariado español, si el caso llega, con uno de esos ímpetus arrolladores, admirables, que siempre fueron el terror de los opresores y de los cuales hay algún ejemplo brillantísimo en su historia? ¿Sabrá volver valientemente, como otras veces lo ha hecho, por los fueros de la vida y de la dignidad humanas?

Los enormes charcos de sangre y los montones de cadáveres que produce cada día en otros países esa espantosa querella, con su visión siniestra, quizás hayan determinado que el instinto se sobreponga a la costumbre de obedecer y que el pueblo se niegue rotundamente al sacrificio estúpido.

Nosotros cumpliremos con lo que estimamos nuestro deber de hombres, de revolucionarios, de anarquistas, procurando por todos los medios que así sea.

¡Trabajadores! ¡Compañeros! La única guerra que debe interesaros, la única guerra en que podréis hacer la defensa efectiva de vuestros derechos y de vuestra libertad, es la guerra social, la guerra de clases. Por ella y sólo por ella llegaréis en día no lejano a libraros en absoluto de todas las iniquidades que os aplastan, de todas las injusticias que os estrujan y romperéis de una vez y para siempre las infamantes cadenas que os aherrojan.

Nosotros no podremos, seguramente, evitar que se pretenda sacrificaros para consolidar el privilegio, robustecer la propiedad y centuplicar la potencia opresora del capitalismo y del Estado.

Pero cuando este caso llegue, no olvidéis que la afirmación del individuo, relacionándola con los deberes de la humanidad, debe sobreponerse a todo.

Y en cuanto a nosotros, en lugar de limitarnos a excitaros en la lucha, os diremos tan sólo: ¡Seguidnos! Y junto con vosotros, dándoos el ejemplo con nuestra acción y ocupando los puestos de más peligro, intentaremos destruir los cimientos del régimen execrable que combatimos.—*Federación de Grupos Anarquistas de la Región Catalana.*

En todas las épocas la consecuencia en las ideas se ha considerado como una virtud... Hoy sólo parecen virtuosos los trepadores, los adaptados.

Y sin embargo... la verdad de Galileo será eterna.

NUESTRA VOZ

Desde que se recibiera el primer parte acerca del hundimiento del "Lusitania", todos los periódicos, dando de lado las demás cuestiones, han dedicado sus columnas enteramente a comentar la horrorosa hecatombe que sepultó en el hondo océano centenares de hombres, mujeres y niños.

Variados en su forma, y más o menos enérgicos y apremiantes, todos los rotativos han dado a sus escritos un fondo igual de indignada reprobación contra los bárbaros autores de la terrible hazaña, que ha llevado el luto a muchos hogares, la desolación a muchos corazones y el espanto a todo el mundo civilizado.

Todos a una, los grandes y pequeños "papeles" burgueses, piden con letra de pulgada el exterminio de los alemanes como pena merecida por su inicua proeza.

Y entre todos, no hay uno que diga con entera franqueza la verdad, toda la aterradora verdad de las cosas.

Nosotros, anarquistas, despojados de todo prejuicio patriótico y de todo interés en pro de esta o la otra parte, estamos seguros de poder dar un más claro juicio acerca de este "incidente", que los ofrecidos por todos los periodistas arregladores de la pública opinión.

Y nosotros, sintiendo tanto como el que más, el dolor de la horrísona tragedia, no vemos, sin embargo, motivo alguno para que, a consecuencia de ella, se pretenda (¡oh, lógica!) mandar al asesinato miles y miles de hombres más.

No vemos tampoco razón alguna para que chillen tan alto los guerristas que proclaman la necesidad de sostener ejércitos y flotas; los inflamados cruzados que ansían ver cubiertos los campos con muertos de tal o cual bandera.

No vemos tampoco razón alguna para que se llore a Vanderbilt y a todos los señorones parecidos, tenedores muchos de ellos de acciones en las fábricas de armas americanas, donde se fabrican los instrumentos de muerte que asesinan diariamente a infinidad de hombres, cuya remesas de material hacen posible la prolongación de la presente gran vergüenza europea.

"War is war", ha dicho con lógica aplastante de salvaje un arrastra-sable germano a un corresponsal de periódico. Sí, la guerra es la guerra; la guerra es todo eso: el aniquilamiento de los hombres, de las mujeres, de los niños; la destrucción de toda la humana labor.

Los que aman la guerra, los que encienden en los tiernos cerebros infantiles el fuego de la pasión patriótica; los que reverencian un trapo de colores y proclaman la santidad de las fronteras nacionales, no tienen derecho a levantar la voz en contra de lo que ellos ayudaron a levantar.

***

"¡Ah! —se nos dirá—, pero es que ahora se trata de inocentes, de no combatientes, de infelices mujeres e indefensos niños"... Cierto, pero ¿no son también inocentes los pobres campesinos de Polonia incorporados por la fuerza en los ejércitos, los niños belgas, turcos o rusos dejados en la orfandad; las pobres mujeres de cualquier parte que sean, obligadas a huir del país devastado o sepultadas entre las ruinas de sus hogares destrozados?

Y ¿no son indefensos, dignos de lástima inmensa, los pequeños infantes educados en la doctrina del odio al extranjero, preparados así para ser mañana carne de cañón o bayoneta?

"War is war". Es la locura homicida del hombre bestia, es la negación de toda razón, el anulamiento de todo sentimiento noble y digno.

Los que siembran los vientos del odio, han de aceptar y afrontar las tempestades del salvagismo. Quien siembra la semilla envenenada del nacionalismo, ha de morder el nocivo fruto de la muerte.

Esos padres que compran cañones y saldados a sus pequeñuelos para que jueguen al ¡pum! ¡pum!, esos escritores que exaltan a la menor ocasión el sentimiento popular en nombre de la "gloriosa patria", esos políticos que hacen del menor acontecimiento una fiesta patriótica, todos esos, malvados o ignorantes, ¿por qué gritan ahora cuando unos hombres educados por sus maestros, exaltados por sus periodistas, animados por sus políticos y criados por sus padres en el error y la mentira patriótica, llegan al crimen cumpliendo fielmente lo que desde chiquitines se les encomendó?

Son cobardes profesores que se espantan de los resultados que sus doctrinas dan.

***

Nosotros sí podemos gritar; tenemos todo el derecho para hacerlo porque luchamos constantemente contra todas las guerras, porque constantemente predicamos la necesidad de acabar con todos los divisionismos entre los pueblos, porque queremos romper todos los fusiles, todos los cañones, derruir las fortalezas todas.

Y lloramos, no por los pasajeros de primera, que tienen muchos quien los llore, que sólo por placer o fanfarronería fueron a bordo del barco hundido, sino por nuestros hermanos y nuestras hermanas a quien la necesidad obligó a cruzar los mares (pues jamás los pobres viajan por placer), ya prensados como sardinas en los sucios compartimentos de tercera, ya disputando al trabajo un mendrugo de pan frente a los ardientes hornos o sobre la cubierta barrida por los vientos y las olas.

Lloramos por ellos, como lloramos por todos los trabajadores caídos en cualquier lugar de la contienda; lloramos porque son de nuestra familia, porque son de nuestra sangre y de nuestra carne.

Pero nuestro llanto no es llanto de castrados; lloramos, pero con nuestras lágrimas van nuestras maldiciones, va nuestra repulsión contra todos los propagadores de rivalidades, contra todos los criminales que ponen en el corazón de los hombres el maldito germen del nacionalismo.

Y va más que nuestra maldición, va nuestra propaganda constante, nuestra tarea de todos los momentos, que se dirige, haciendo luz en los cerebros y poniendo amor en los corazones, al derrumbamiento de todas las barreras, al allanamiento de todas las fronteras, a la fraternidad universal.

JORGE GALLARD

(De *Cultura Obrera*, de New York).

Deducciones de una carta

No dejando de participar el disgusto que me causa ver esos pugilatos formados por hombres que dicen profesar una misma idea, y puesto a la publicidad de la prensa, no ignorando la ineficacia que de esto resulta para la propaganda anarquista, he de manifestar mi protesta a la carta dirigida a Federico Urales por Malato. Y si directamente no la contesto, es confiado en que otros que saben mejor que yo, no dejarán de hacerlo.

No negaré que él ha trabajado por la emancipación del obrero, que en las campañas de Montjuich, Jerez, Alcalá del Valle y otras, hizo cuanto pudo para arrancar a las víctimas de las manos de sus verdugos; pero ¿son éstas razones fundamentales para obrar después en perjuicio de las mismas y hasta de él? Si él trabajó por nosotros (que conste que soy uno de los favorecidos de Jerez), ¿no lo hizo por su misma causa? ¿No trabajaron otros muchos que después hemos refutado su reacción, su política y sus procederes? ¿Hemos de ser los eternos esclavos del favoritismo? Si así es, prefiero ser el esclavo de la fuerza y no del favor.

Por otra parte, los que con sinceridad obran mal, hasta tal punto puede tolerárseles; pero los que con refinada intención causan este mal, jamás.

La carta de Malato ha hecho más explosión en la clase trabajadora, que el mortífero fuego de los fusiles en las trincheras. Esta ha caído entre los enemigos del obrero como salvavidas al náufrago que tiene perdida toda esperanza de salvación.

Los vividores de la política, apostrofando, comentando y colaborando la opinión de Malato, aprovechan la ocasión para tirar por tierra la obra de los anarquistas. ¡Con cuánto júbilo y regocijo han acogido los buenos pastores las manifestaciones de Malato! ¡Quién les hubiera dicho que aquel que creían su adversario les venía o les viene ahora en su ayuda para patentizar más la utopía del anarquismo! Por eso han echado las campanas al vuelo, han insertado en periódicos y han hecho suplementos a los mismos, extractando la carta de Malato, y no hay duda que él sabía de antemano el efecto que había de producir su carta en las huestes enemigas del anarquismo. El también sabía que en el Congreso de la Paz, del Ferrol, se habían de debatir armas poderosas para dejar mal parada la desastrosa obra que con su cooperación se está llevando a cabo. El sabía que allí iba a quedar mancillado su proceder, y para justificarse, se arma y arma al enemigo con la más terrible de las armas: la calumnia.

Para nosotros no bastan las vaguedades de sus palabras; no basta ni nos convence que haya exceptuado a varios de la generalidad de los anarquistas españoles. El paradojismo de que estamos dogmatizados sobre el ideal anarquista nos da que pensar, y casualidad extrema: hasta que él no ha ido a las trincheras, no ha tenido ocasión de habérnoslas puesto sobre la frente; pero ¿qué diremos de los que como él nos dieron muchas lecciones de sociología anarquista?

Y, sin embargo, desperfectos son esos que no acepto la responsabilidad, puesto que los que nos la enseñaron fantasearon los principios; tal maestro, tal discípulo.

Y después de todo, nunca pude creer que el ideal anarquista pudiera admitir tantas partículas como los adictos a él suponen. Yo creía que Anarquía no era gobierno, sino la supresión de todo poder sobre la libertad, y si es así, no puede concebirse cómo se puede ir en contra de una institución, defendiéndola. También me creía que los conceptos dogmáticos no se ajustaban al anarquismo, y, según Malato, estamos dogmatizados hasta la médula, y lo que es más, participando de los provechos que saca el jesuitismo. ¡Hasta dónde llegarán estos redentores de la humanidad!

JOSÉ BARRERA MORENO

Jerez

Evolucion Proletaria

Podemos servir ejemplares de la última producción del compañero Lorenzo, cuyo libro ha sido editado por la Escuela Moderna:

Precio una peseta.